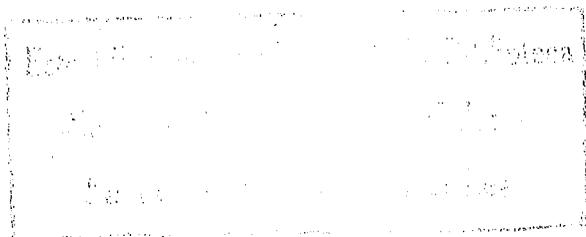


Para la Biblioteca Nacional de Quito
El autor.

París, marzo de 1933



Hombre de América

¡Hombre de América!

Hombre torrente y cataclismo,
con una mordedura de llamas en el pecho.
Naciste de una piedra que rodaba al abismo
y eres un ventisquero con dos garras de helecho!

Tremaban huracanes de oro...

Escuché en mí mismo:

“¡Hágase el hombre!”

Entonces grité:

¡El hombre se ha hecho!

Saltaba el Universo con su cox infinita.
Y tremolaste el látigo de rugido que blandes
—cuando la tierra negra se encabrita—
y a cada latigazo galopaban los Andes!
Trepidaba el Océano fragante.
Trastornaba el diluvio su crátera en las combas
de tus órbitas ciegas. ¡Y tu vara gigante
sumergida en tu puño, salpicaba mil trombas!
La selva te anudaba la espalda.
Se diría un lunático río verde que corre,
o la espiral de una guirnalda
que ciñe el torso de una torre.
Revoloteaban cóndores en tu cabeza brava
—insectos de la lámpara de los amaneceres—
y aprendiste a beber en los cráteres lava
para que den a luz volcanes tus mujeres!

Hombre de los dos puños crispados que se estiran,
esgrimiendo los cedros, como si fueran mazos.
¡Morirás entre un coro de alondras que deliran
o con las mil luciérnagas de mil arcabuzazos!

El hoyo de tu mano espera el salto de agua
torrencial para el nuevo diluvio en tus barrancos.
¡Con el nuevo arco iris encenderás tu fragua,
mordiéndolo el pedernal de tus fémures blancos!

Jugaste malabares con los troncos de encina.
Dilapidaste el oro del estremecimiento.
Y descendiste el hacha cristalina
de la cascada para decapitar al viento.

¡Hombre de América!

Hombre cuarzo y estalactita,
risko de la montaña, rumor del caracol.
¡Si Tú vas a engendrar una estirpe maldita,
te crucificaré con tres dardos de sol!
Hombre de la cabeza tentacular que muerde
el cielo cárdeno. ¡Hombre que con el tilo
angular de tu brazo—en el infierno verde
de la yungla—estrangulas de amor al cocodrilo!
Hombre vertical, hombre fahir, dolmen y grito,
arrebol, piedra, flama, seismos, vórtice y ola.
Si Tú puedes hacer piafar al Infinito
con los bengalas ígneos de una mirada sola.

Tu potro es la montaña crinada de pinares
y tu tren es la boa de oro que se derrumba
con sus convoyes de esmeralda entre dos mares
y la locomotora de su grito que zumba!

Tu velívolo negro es el cóndor que lleva
en su gorguera blanca una hélice de espuma.

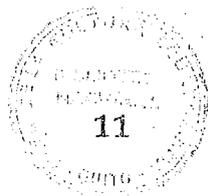
Tu monóculo triste es una luna nueva
y el humo de tu pipa romántica es la bruma.

El rayo es el obús de tu mano herrumbrada
y la tromba del mar es tu lamento.

¡Tu voz derruye, como si fuera una granada,
las catedrales góticas del viento!

Tu mordisco es el seismos, tu sollozo es el trueno
y tu totem la bestia que tremola su pata.

¡Tu mujer es la tierra que te dará el veneno
de amor en una catarata!



Pleamar
de
piedra

Tierra mía, eres lo que yo soy.

Agua, metal y flama.

Lo que yo soy.

Tú me diste los brazos de árbol

para que me acribillen los dardos de los pájaros.

Y pusiste la zarza en llamas,

como una orquesta de oro en la montaña.

Este sol tuyo es una pandereta

para nuestra danza en la luz.

Tierra mía, arremolínate
y alza tus columnas de sílice.

Yo quiero verte herida en el costado
por la lanza vertical de mi grito.

Oyeme,
yo quiero ser la torre sonámbula en tu noche.

He esperado desde mi nacimiento
tu tempestad de acero.

Ciudades naufragas, como naves negras,
en tus trombas de arena.

Las antenas de hierro,
ametralladoras de los ecos.

Huracanes que ladran
como un diluvio de hachas.

El seismos,
carrusel de la muerte concéntrica.

Yo quiero que tu vientre innumerable
sea como un harmonium que canto.

Tierra, dame tu pleamar
de piedra para mi eternidad.

Tierra mía, y al fin, Tú y Yo,
cifras del logaritmo de Dios.

Dios

Sobre la noche de ébano, tiendo mis manos bárbaras
para buscar a Dios... Y enarbolo en mis mástiles
el silencio. Y conduzco huracanes alígeros.
Y hasta muerdo la fruta de tus dos senos núbiles
para encontrar a Dios en sus pezones túrgidos
maravillosamente convertido en miel límpida.
Y hasta quiero palparle en la caricia tímida
de los niños que penden como manzanas pródigas
del árbol de las madres. Y hasta en la llama pálida
de alcohol de tu mirada muerta. Y hasta en la lámpara
que me hizo conocer tus dos flancos de náyade
aquella noche buena de los primeros pámpanos.
Y hasta en la madrugada de linos arcangélicos
de tu muerte, quisiera buscarle y en el trémolo
de una tarde sin fin con arcoiris diáfanos
y corderos pascuales de hatos inverosímiles

y golondrinas de oro y campaniles de ángelus.
Y hasta en las nubes blandas de un otoño translúcido
que nos haga llorar sin saber cómo...

Céspedes

de berilo impalpable han caído de un álamo.
Mil grillos tintinean unísonos sus crótalos
e ilumina su doble candil una luciérnaga.

Estoy tranquilo. Floto en algodones húmedos,
mientras Dios se desmaya dulcemente en mis párpados..

Los dólmenes

La niebla me ha vendado los ojos. Estoy ciego.

Tiembla el pinar como una cúpula
sobre mi cabeza rebelde.

La noche suena como un órgano.

Mis manos incandescen.

He apretado los troncos de los árboles.

Estrangulé los torsos de las mujeres
y rompí la tierra, como un vientre.

¡Hoy, hoy!

¡Trueno, sorbo de Dios!

Mis brazos se agigantan como trombas oceánicas.

Y estoy solo

ante mi eternidad, como los dólmenes.

Nadie sabrá después quién sopló los ciclones,
quien abrió los abismos como fauces.

¡Nadie!

Huracanes, gritad, que estoy solo.

La niebla me ha vendado los ojos. ¡Estoy ciego!

Túnel

Esta noche es mi túnel.

¡Vamos, vamos todos!

Marcha de las ciudades muertas
que crucificaron al sol.

Marcha de los hombres taciturnos,
cuyos pasos son piedras verticales en los charcos.

Marcha de los niños que harán de la noche
un aro tenso de ébano con guirnaldas de estrellas.

Marcha de los árboles tentaculares.

Marcha de los difuntos que se levantan
con la llama extinta de los ojos cóncavos.

Distancias últimas.

Palabras últimas.

Los gallos cantan,
mientras sus aletazos
—golpes de remo de la marcha—
¡hacen sonar al sol!

Los huracanes

¡América, tierra negra con alas!

Y los poetas muertos no irán a los sarcófagos
de rosas, sino a todas las fauces de los cráteres.
Así América, será una tempestad encendida en la noche
y un resplandor de lianas en el día.

Poetas: apagad todas las lámparas,
si arden los Sinaís de las palabras,
si somos pedernales
que hacen brotar en cada chispa
el impromptu de la tierra.

Tembler unánime que pasa
por nuestras vértebras de cóndores.

Alarido de Job que despierta a los lobos.
Naufragio de los bosques pretéritos
que oyeron el primer arcabuzazo
de los hombres blancos.
Rocas verticales que caen como dólmenes
sobre los páramos de briznas de oro.
Ventarrones de humaredas distantes.
Montañas que se encabritan como potros.
Ríos torrenciales que se derrumban
con epilepsia de dioses jóvenes.
Garra del ventisquero humeante.
Carne de cobre que se incendia
bajo el palio de los cactus.
Boas que viajan como trenes alígeros.
Hombres turbios que estrangulan al sol.
Vírgenes de vientres tostados
desnudas sobre los huracanes.
Madres que dan a luz
sobre las madrugadas dulces.
Río tremolante que se oye a sí mismo
al desgajar prismáticas a las piedras.
Cascos de ébano de los corceles fugitivos.
Malabares de resplandor que naufragan
en los valles cóncavos.

Barrancos heridos
por las tizonas líquidas de las cascadas.
Huracanes que derriban a los robles.
Incendio de berilo de las selvas.
Tormenta que descuaja a los árboles.
Lagos, cacharros para beber los plenilunios.
Pumas que saltan con su torso de mujeres vencidas.
Hogueras que salpican a la tiniebla
con surtidores de fuego.
Diluvio de estrellas para construir el arca
de nuestra muerte inmortal,
con el cedro oloroso de la noche
y los dos clavos húmedos de tu mirada.
Y Dios que oye el silencio.
¡Y el tiempo. Y los guijarros. Y los hombres
que ruedan a los vórtices!
El rondador, el rondador
es el viento,
la raza,
la distancia,
la desgarradura de la cordillera,
el zodiaco del sol ebrio.
Y es la raza

Los muertos izados como lábaros.

Los muertos que claman.

Troncos de encinas bárbaras.

Monolitos horizontales.

Torreones calcinados.

¡Los muertos!

¡Ellos!

Los que blandieron las hachas himnicas,

y agitaron los mazos,

y aguzaron las piedras lisas,

y humedecieron las claridades

con su voz diluvial.

¡Ellos!

Traen en sus ojos escarabajos lucientes

y rocío del césped.

La tierra camina como un barco

y se arremolina como un océano.

¡Los muertos!

¡Ellos!

¡América, tierra negra con alas!



Sin palabras

.—Los querubines se embriagaron
sobre la copa de los álamos...

.—Déjame dormir oboe
del viento.

.—Oyeme, óyeme...

—¿Ella piensa talvez?

.—No. Sueña.

Han caído sus manos trémulas
sobre los senos blancos,
como las alas de los pájaros.

.—Déjame dormir.

.—Si nunca
tendrá la boca tan húmeda,

como esta noche!

.—¿Es el rocío

de los pinares? ¿Vaho tímido
de la niebla en sus ojos claros?

.—¡Quién sabe si está llorando!

.—Déjame dormir oboe
de la muerte...

¿En dónde estoy, en dónde?

.—Los querubines se murieran
con la embriaguez de las estrellas...

.—Calla, calla, si Ella era apenas
como una brizna ligera
que vuela sobre una luciérnaga,
como la escarcha de las fresas
núbiles sobre la pradera,
como un disparo de luz gélida
en una ventana abierta,
como un cristal que se rompiera
cuando se lo besa apenas...

¡Calla, calla! Si hoy está muerta,
como una alondra viajera
en un surtidor de perlas.

—Los querubines afligidos
lloraron ebrios de infinito...
Rodaba luz en los abismos,
como un guijarro o como un grito.
Y una guirnalda de suspiros
temblaba en el aire límpido.
El sol vendaba con sus hilos
a los zagales heridos
con la tiniebla de los tilos,
mientras hacían los niños
de los arcoiris tímidos
cuerdas de saltos unísonos.
Saltaban los dedos lisos
del viento. Y eran los pífanos
desmayados sobre los mirtos.
¡Y mi dolor era un himno
de malabares encendidos!

La
ciudad
antártica

Lámparas de acetileno
suspendidas de un hilo de espanto,
que bamboleantes dicen
el no de las muchachas en cinta,
cuyo vientre es un acordeón que aúlla
Esqueletos patinadores
vendan sus órbitas con niebla
para no ver a sus amantes viejas.
Las brújulas señalan el ombligo de las mujeres.
Las torres tienen
su corazón de bronce enmohecido.
Campanarios que muerden
con sus dientes metálicos al viento
y beben a la noche, boj de cerveza negra,
y juegan a los dados con estrellas.

La Eternidad camina
en la ciudad antártica.
Los malandrines creen estar ciegos
y buscan para lazarillos
a los osos lunáticos de paletós de pieles.
Dandys empedernidos
usan monóculos de burbujas de agua
y prenden sus cigarros con bólidos.
Los relojes orinecidos marchan hacia atrás,
con sus doce garras para estrangular a los hombres
que les han dado marcha.
Los barcos persiguen icebergs como sexos
con sus anclas congeladas de miedo.
Crecen los alaridos
como muchachos de trece años.
En esta noche parten los trineos
a visitar a la muerte.
Y tenderán los arcoiris,
si los puentes de bruma se han hundido.
Van los perros,
con camisas de frac, al cielo.
Y la ciudad antártica
compra algodón para hacer nubes.
Las casas tienen
las vértebras dorsales de sus piedras

aplastadas por la voz siniestra
del Polo Sur que ladra.
Sus sombreros de teja,
por saludar a la noche,
dejan escapar a los espectros
que ahogan a los niños
y roban a las vírgenes los senos.
El sueño dispara un venablo
para cazar a un cometa titiritero,
cuya rúbrica es un alfabeto de colores.
Se oye la noche torrencial
como un circo de fieras.
Los bebedores guardan las madrugadas
en sus bolsillos, como navajas.
Sus narices son los tizones que inflaman
la dinamita del júbilo.
Las puertas se abren como párpados
para que el viento duerma en todos los lechos.
El hacha del espasmo decapita a los amantes
y hace saltar a las cabezas unísonas
en las alcobas blandas.
Y las cuatro paredes son un puño apretado
para las gargantas de los moribundos
de la muerte antártica.

Columpio de eternidad

Estoy así mejor.
Con las dos manos diáfanas
para encender la lámpara en la noche,
cuando Tú vuelvas.

Tu estupor será blanco.
Será la noche negra.
El perro de la casa,
desde sus dientes saltimbanquis,
dejará caer su lengua blanda
para lamer tus llagas.
Entonces serás la Misma.
Junco rosado.
Ola tibia.
Y crecerá el pinar cuando te diga:
Bienvenida seas.

Lloverá miel del cielo,
como en las Escrituras olorosas.
Y para desnudarte,
esperaré que lloren los lobos a la puerta,
como los niños ciegos,
y que el fogón apague sus tizones
y que los tilos cabeceen trémulos.
Y te desnudaré como el fresno romántico,
para luego ataviarte con la garúa de topacio.
Tu cuerpo
—vía láctea entre Dios y el Pecado—
será un breviario inédito
para las manos del silencio.
Creeré en Tí.
Serás una luz clara en el barco
de papel de mi espíritu.
El tiempo será un aro sin fin.
Y tu muerte: una cereza de oro en tus labios.

Estaré así mejor.
Con las dos manos diáfanas
para apagar la lámpara en la noche,
cuando Tú mueras.
Estaré así mejor.
Con la burbuja de tu muerte en mis párpados.

Ases

Aquí estoy. ¿No me ves? ¿No me oyes? ¿No me dices nada?

¿Por qué encendiste mis alas de vampiro
con los tatuajes ígneos de tus mil cicatrices,
ahorcándome en el húmedo cordel de tu suspiro?
Sobre tu espalda eléctrica eché mis dados: ¡ases!
Ases de tu sonrisa de azufre y tus descalzos
pies sobre la caldera de la noche. Fugaces
clavos titiriteros de tus pezones falsos.
Ases sobre tus muslos sísmicos y tus brazos.
Sobre los infernales cohetes de tu grito.
Ases de tus mordiscos y de tus aletazos.
As del ombligo impar de tu vientre maldito.
Ases de la gardenia que arde en tu boca roja.
Ases sobre el pandero flexible de tus hombros.
Autopsia de tu cuerpo sobre una mesa coja,
Casa de Usher. Pavilo verde sobre los escombros,



Rabo, cometa nómada, lobo siniestro, diente mortal, trece personas en la mesa y tres luces, partículas volátiles de un espejo nepente, arañazo de gato y caída de bruces.

Trece horas del reloj, sexo del tiempo. Muertos que cabriolan de amor al ritmo de sus zancos, enastando en los mástiles de los mares desiertos la banderola de sus doce dientes blancos.

Araña que nos roe romántica el costado.

Isidoro Ducasse que apura plomo hirviente.

Coces chasqueantes y ácidas que dispara el ahogado, petardos de vitriolo en la luz del torrente.

Cuaresma
de
amatistas
temblorosos

Cuaresma de amatistas temblorosos.

Madrugada.

Campanas volcadas sobre sus ejes de sándalo.

Clarínada de gallo.

El recuerdo tiene las pupilas vendadas.

Palma tendida y ágil del domingo de ramos,

esmaltada con sangre de esmeralda

y carne fresca de mujer.

Palma translúcida y batiente.

Oleada del silencio.

Lunes, sonrisa muerta.

Martes, fresno oloroso.

Miércoles, juglaría del suplicio.

Jueves, llaga encendida.

Viernes, alas abiertas de la crucifixión.

Sábado, misericordia del bálsamo.

Domingo, flanco henchido del incienso,

X del incensario, revoloteo de campanas.

¿En dónde estoy? En Tí, en Tí, pecado trémulo
de arrebatarte con la boca,
el siempre discreto y llameante corazón.

En Tí, en Tí y solo en Tí.

No importa que lejana no me creas,
si mi tacto florece en tu cuerpo
pentecosteses luminarios.

Si he vencido la humedad de tus pestañas
con mi hálito.

Si he sorbido la crátera de tus senos,
como los querubines las nubes en el cielo.

Guijarro agudo en el horizonte geométrico.

¡Sí, así voy!

Como un resplandor de mis montañas hirvientes.

Como el huracán que enarbola catedrales de arena.

Como el glaciar ululante.

Como el bólido.

Barco
de
nuez

Nací galeote
para la tempestad mía en mi océano.
Sin más remos que tus brazos
y más grillete que tu recuerdo.
Arcoiris con golondrinas viajeras.
Cuerda para que salte el corazón malandrín.
¡Granuja al fin!
Columpio para los grumetes.
Este mar es mi mar.

Un boj de estaño líquido para los náufragos
en el bar de pizarra de los acantilados.
Este mar es mi mar.

Mi capricho es el humo, la mujer y el bostezo.
A los tres los muerdo sacrilegamente.
Emperador de las gaviotas.
Condotiero de las madreporas.
Pirata de los barcos de nuez.
Disparo golondrinas en lugar de palabras.
Mis cohetes son mástiles.
Mi sonrisa es el ancla de oro.
Malandrín afligido por la distancia,
mi silbo es un oboe de la noche.
Galeote de los remos de tus brazos,
pescador de las algas de tus senos,
buzo de los corales de tus pezones:
ya puedo morir...
Yo sé todo.
Todo, menos en donde estás,
ni en donde estoy.
Un boj, otro boj.
Carrusel del océano.
La cerveza es una cabellera de llamas.



Mi hélice crucifica a las sirenas.
Son mis luises los meteoros.
Yo sé flechar a los peces sonámbulos
como torpedos que muerden
el casco de ébano de los barcos.
¡Bah!
No quiero pensar
si te habrás muerto ya.
Hoy te escribo una carta maldita
en el tatuaje de mi brazo izquierdo.
Si te habrás muerto ya.
Cayeron en mi pipa estrellas húmedas.
Yo sé fumar constelaciones
y ascender a las torres de las trombas
con el cordel de mi sollozo.
Alzada de hombros, cordura del mar.
¿Y qué más da?
Un boj, otro boj.
La cerveza es un amanecer en los párpados.
Sabiduría de los témpanos.
Aurora boreal de los sueños.
He colgado en la grúa más alta
los bengalas de mis esplines.

Yo creo en el mar y en mi muerte.
La noche pasa a través del tiempo como un calambre
en el vientre de una mujer parturienta.
Y Ella, ¿qué se yo?
Pabellón de algas.
Acantilados últimos.
¡Es preciso echar la coz, el aletazo, el grito!
Muerte para callar mejor.
Para sonreír.
El viento me ha tostado el semblante marino.
Soy un tritón.
Un boj, otro boj.
La cerveza es un túnel.
Sobre la nave cóncava
el caracol suena tu distancia.
La bocanada de humo es mi amante.
Algún día me desvaneceré con ella.
Y el bajel náufrago
dará un salto mortal a los luceros.

Este mar es mi mar.

Galeote sin galera.
Yo perdí mi galera
que era tu cuerpo de álamo en el viento.

Tú

Tú, sólo Tú, apenas Tú en los desvaneceres
últimos de la llama de este candil de barro.
Río de miel dorada para ahogarme. Tú eres
hecha para morderte de amor como un cigarro...
Tú, la pluma ligera y la brizna volátil
y el copo de sol ebrio en un pinar de asombro,
mientras una caricia húmeda, como un dátíl,
se resbala en la piel de uva dulce de tu hombro.
Tú, la alondra azorada sin alas y sin nombre
que enciendes dos luciérnagas en tus pezones rubios.
Tú, la guirnalda trémula para mis brazos de hombre.
¡Tú, el arcoiris tenue después de mis diluvios!
Tú, la envoltura tibia de olor de mi fracaso,
la albahaca rendida de los muslos tersos.
¡Tú, el absyntio mortal en el ónix de un vaso,
si mordiendo tus senos tengo dos universos!

Tú, el salto de agua clara que no se oye y la chispa
vigilante que apenas es una estalactita
de estupor en mi cuerpo bárbaro que se crispa,
¡como la arquitectura de una tromba infinita!
Tú, el hemistiquio de una galera que me envuelve
con sus remos que son dos tobillos de nardo.
¡Y tu alma de gacela tímida se disuelve
dentro de mis radiantes vértebras de leopardo!
¡Tu carne de pantera flexible que me acecha!
¡Tu carne ocre de amante núbil y de serpiente!
¡Más eléctrica que una mordedura de flecha!
¡Más diáfana que un día de sol en un torrente!
¡Más perfumada que el ámbar de un pebetero!
¡Más prohibida que un libro que no se ha escrito nunca!
¡Más trémula que el grito musical de un pandero!
¡Más borracha de amor que una columna trunca!
¡Tú, el suspiro que apenas es un aro que rueda!
¡Y Tú, el mordisco que es un cohete que salta!
¡Tú, la crucifixión de un mirto en la reseda!
¡Tú, la campana lírica de la torre más alta!
Tú, el álamo que tiende su índice a la burbuja
del cielo, como un niño que quisiera llorar.
Tú, el narcótico blando para la muerte bruja.
¡Tú, el pleamar de oro para mi último mar!

Mujer deshabitada

Mujer deshabitada,
¿por qué estas luces en tus ojos?
—uvas verdes bajo los párpados de oro—.
Apaga tus luces que yo vengo
con un tatuaje de estrellas en el alma negra.
No me conoces, no.
El ámbar de mi pipa es como el de tu vientre,
tostado por el mismo sol pirata.
Mujer deshabitada,
no quiero tus luces. Apágalas.
Yo arrancaré tus ojos con mi boca
—uvas verdes bajo los párpados de oro—.
Y entonces, mujer deshabitada,
entrarás en mí.

Para nada.

La sombra ha perseguido a la sombra
en esta casa deshabitada.

¿Qué?

Estos espejos cómplices
de los racimos de desnudez en el lecho,
hoy tiemblan como espadas de diamante.
Este reloj sonámbulo
que midió la centella de las caricias
y el pleamar de los vientres,
es una araña de doce patas de ónix.

Para nada.

¿Quién sabe si esta casa es un barco,
donde los muertos son grumetes?
Soy el ahorcado, sí, soy el ahorcado
en el palo mayor.

Capitán, Capitán, escúcheme.

El único océano está en nosotros.

Para nada.

Mujer deshabitada
has entrado en mí.

Noel

Noel:

Si usted quiere, conversaremos otra vez.

No importa de qué.

En este bosque de oro,

arquitectura gótica para las manos paralelas
de los niños ciegos.

Manos que se alzan y no descienden,

como los mástiles de los barcos,

de los árboles

y de las catedrales.

Noel:

es mejor que lloremos.

El gélido metal de su barba

tiene el óxido de la sangre,

sangre de los hombres que cayeron como torreones,

acribillados por la aguja rítmica
de las alígeras ametralladoras,
¡máquinas de coser y de encuadernar
con la piel tostada de los hombres,
el libro de la inmortalidad!
Noel: todo es nada.
Quedan atrás los hombres claveteados
por el cuchillo del hambre.
Galeotes de las fábricas humeantes.
Encadenados de las usinas.
Atorrantes sin brújula en el mar de su cristalería.
¿Qué importa la sonrisa suya?
Porque no sonreímos,
sino rasgando las comisuras de nuestros labios
con las navajas de las estrellas.
Quiero en mi zapato de madrugada
apenas un escorpión con su espada,
como el arcángel San Gabriel.
Un escorpión negro que centellee,
como una moneda negra
en el ombligo de un cadáver blanco.

¿En qué lupanar desnudaron a la Torre Eiffel
para que sus tobillos de hierro tiemblen
con sus ajorcas de luces

y le muerdan las hélices borrachas,
dientes de los aviones vagabundos?

No, no.

Dados, dados y dados
de los edificios titiriteros
que tamborilan en el vientre tenso de la tierra.

No, no.

Es preciso volcar las cúpulas
para apurar en ellas el último absyntio.

Aquí, las copas naufragas.

Aquí, la muerte.

Cambio mi vida por una sonrisa
—lámparas nuevas por lámparas viejas—

¿y qué más da la eternidad?

Angustia cósmica

Mi totem es una mujer desnuda.
Mi nombre es un pelicano de oro sobre un seismos.
La garra sobre la luz.
Pico de flecha impar.
Mástil del trueno.
Estallido negro en el océano del aire.
Suya la eclipse innumerable.
Suyo el espacio cóncavo.
Suyo el diluvio.
Pero en un capricornio lívido,
caerá desde la cúpula de la tormenta,
como un cuarzo del cielo.
Entonces se encabitará el universo,
y de una cox eléctrica
hará saltar en el zodiaco
nuevas estrellas...

Huracán de la tierra parda.
Yo quería tu sed,
Yo te amaba.
Igual que a mí mismo.
Trémula torre de humo.
Arquitectura de espanto.
Yo te amaba.
Nadie más que Tú.
Y nadie más que Yo.
Así.
Huracán, huracán, huracán.
Iremos al mar para beberlo a sorbos,
como grandes niños atónitos.
Iremos a los vórtices un día
como la piedra lisa
para buscar diamantes.
Descuajaremos su vientre obscuro.
Para morder la carne líquida.
No podremos llorar con nuestras órbitas sin ojos
Huracán, huracán, huracán.
Lloraremos con nuestras catedrales flotantes.
Crucificaremos cóndores.
Clavaremos nuestras picas en el sol.
Y crecerán lianas de acero
en las cicatrices de la luz.

¡Montaña!
Apenas eres mi sombra.
Apenas mi alarido.
Este grito patético de cien siglos pretéritos
que es una mordedura en el pecho.
Espiral de rugido eterno.
Garganta estrangulada por mis puños.
Madre del ventisquero.
Tú eres la misma
de las tablas mosaicas y del becerro de oro.
¡Montaña!
Un día tendrás alas.
Las que yo te daré para volverte
un pájaro de piedra.
Yo iré hacia Tí con mis pies alígeros.
Y Tú vendrás a mí como un campanario de viento.
Y haremos la tempestad.
Tus llamas y mis palabras.
¡Montaña!
Tú alzarás en mi muerte la necrópolis mía
y estarás muerta en mí.

Exodo

¡Huir!

Con las alas tendidas.

Con la desgarradura en el costado.

Con la escarcha en los ojos.

¡Huir!

Hacia los vórtices.

Hacia los remolinos de astros.

Hacia las vorágines de tiniebla.

Hacia la luz que prende la luz.

Hacia las espirales del trueno.

Hacia la fotosfera de Dios.

Hacia nosotros mismos.

Ciudad mía, te dejo.

Con los brazaletes de luz en tus torres ebrias,

en donde se vuelcan tus campanas,

mujeres de bronce en la pascua de los espasmos,
y se disparan las golondrinas
que picotean a los luceros sonámbulos.

Ciudad mía crucificada
con los clavos de tus portones
y los ojos de tus mujeres,
sé mía en este amanecer unánime
con los senos radiantes de tus cúpulas
y las caderas de tus guitarras.

El bermellón de tus chambergos de teja
es la piel de la raza.

Ciudad mía, te dejo
en tu éxtasis de piedra
y en tu llanto sin llanto.
Calles jadeantes,
cintas métricas de la angustia
en el titilimundi del sueño.
Plazas borrachas
con el vino blanco de una orgía de sol.

Ciudad mía.
Jinete en la montaña encabritada

que hurgas con los talones de tus murallas
el vientre de la tierra.

Habla

y dí la palabra del trueno
en el páramo de oro.

Yo he de buscarte en la distancia de mi distancia
y he de encontrarte en el estanque de sus ojos,
con tu garúa que no se oye...

Soy un ascua de tu inmortalidad,
porque encendiéndote, me enciendo
en la resina de tus maderas blancas
y de tus carnes trigueñas.

Sé mía, más mía aún,
para encontrarte en mí mismo.

Haz tu diluvio sobre mí.

No quiero oírme y lloro.

Mi última banderola es el pañuelo
de alas como pentecosteses.

Banderola en el mástil de mis manos
que te acarician y la acariciaron...

Soy la ballesta de la madrugada.

No quiero hablar y me oigo.

No quiero oírme y lloro.

Tatuaje

Este Escorial que llevo adentro.

Angustia mía
en piedra viva.

2.673 ventanas para estrangular a la sombra.

1.200 puertas: 1.200 bocas cuadrangulares sin dientes.

16 patios sitibundos.

9 torres como 9 navajas.

Herrumbre de los metales negros
y de los muertos calcinados.

Y sol, más sol, siempre más sol.

¿Qué se hicieron mis gritos
al morder estos muros?

¿Qué mis luces perdidas?
—tatuajes de la noche verde
en la tiniebla que galopa—

Cohetes ebrios de mil años.
¿En dónde estoy que ya no estoy en mí mismo?
¿Qué onfiladura de oro centellea
en este pleamar de mi vientre?
Grilletes de luciérnagas se anudan en mis manos.
Soy un San Sebastián
con los venablos de los ecos.
Vértice y vórtice.
Columpio en el Maelstrom.
Arbol de resonancias universales
con ramas de alaridos.
¿Por qué los ríos no se levantan como penachos?
¿Por qué los muertos no caminan?
La única arquitectura de infinito es la tierra.
Cúpulas y ábsides de las cordilleras.
Columnares del viento.
Atrios de las estepas.
Y ventanales del océano.
Y el fin sin fin que está en nosotros,
astillas cósmicas de miedo,
insectos mínimos que apagamos los élitros,
alondras ciegas en silencio.
Este Escorial que llevo adentro
no es mío.

En la rada del tiempo

hay un bosque de mástiles de acero.
Alas, olas, hélices.
Funiculares de trombas.
Montañas rusas de arcoiris
para todos los éxodos.
Vamos con todos los muertos.

Es necesario no saber nada,
Cuando las alas de los murciélagos
revolotean sobre nosotros
—paraguas contra la lluvia de estrellas—.
Cuando las uñas de las manos
han crecido siete centímetros
—hojas para matar a los niños—.
Cuando las mujeres orinan como ranas,
mientras nosotros soñamos nuestros libros inmortales.
Atrás, atrás todo.
Aprendamos a dar coces
que todos los perfumes murieron
en las axilas vagabundas.
Venga el tonel del amontillado
para enterrarnos vivos.
Escorpiones en medio de una elipse de fuego.

Este Escorial que llevo adentro.

Elegía
de
mi
muerte

Columpio de oro tibio.
Túnel de escarcha.
Convoy de vidrios deslustrados.
Soy un témpano
con los líquenes blancos de las manos
Era mucho. Era tanto.

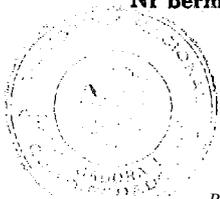
No más arcoiris.
Ni hélices,
Ni acantilados
Nómades huracanes míos
que hacían danzar a los barcos borrachos.
Era mucho. Era tanto.

No más luciérnagas brujas.
Ni jabalinas de topacio.
Apenas lo que quiero es arrojarme con el calcio
de esta tierra que sabe enflorar a sus mástiles:
álamos, álamos, álamos.
Era mucho. Era tanto.

No más panderetas.
Ni bengalas.
Ni llanto.
Apenas una brizna de este sol sonámbulo
que enciende las cerezas de los pezones cárdenos
en las medias manzanas núbiles de los senos.
Era mucho. Era tanto.

No más Tú.
Nunca más Tú.
Ni los pentecosteses dorados
de tus éxtasis largos.
Quiero morir en tu recuerdo,
como muere un olor en otro olor amado.
Era mucho. Era tanto.

No más ascuas de tu boca.
Ni amatistas de tus lágrimas.
Ni bermellón de tu júbilo mágico.



Apenas la pluma
de una caricia tuya que se resbala
sobre mi piel de hielo antártico.
Era mucho. Era tanto.

No más cráteras de miel bermeja.
Ni aceite perfumado.
Ni mirra para el humo ingrávido.
Apenas una música que suba hasta mis párpados
—hasta hacerme llorar—
como si fuera una burbuja en un vaso.
Era mucho. Era tanto.

No el ónix de tu cabellera al viento.
Ni el azafrán de tus uñas gemelas.
Ni el ámbar de tu vientre pálido.
Apenas una sonrisa clara,
diamante de un veneno blando.
Era mucho. Era tanto.

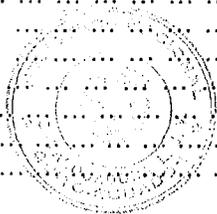
Esta noche, se escucharán mis pasos
en todas las distancias del espanto,
mientras los postigos de las ventanas
acribillen con sus agujas de ópalo
a los caballos encabritados

Vino negro. Vino negro.
Más, siempre más.
Aldabonazos. Aldabonazos.
Este bosque de sombras se estrecha como un aro.
Más, siempre más.
¿Quién apagó la lámpara?

No.
Yo quiero ser un ventisquero de mi montaña
con los glaciares de mis brazos.
Nevera de eternidad para todos los ríos blancos.
Cobre, hierro y cuarzo.
Risco bravío en la mitad del páramo.
Yo quiero ser un canto bárbaro
cantado por todos los pájaros.
Todo, el Todo que tiembla
en el agua de argento de un cacharro.
Tengo sed de mí mismo en el espacio.
Y clamo.
¡Porque al fin blandiré la espada de un relámpago
sobre la tempestad de mis últimos astros!

índice

	<u>Páginas</u>
Hombre de América... ..	5
Pleamar de piedra... ..	13
Dios... ..	19
Los dólmenes... ..	23
Túnel... ..	25
Los huracanes... ..	27
Sin palabras... ..	35
La ciudad antártica... ..	41
Columpio de eternidad... ..	47
Ases... ..	51
Cuaresma de amatistas temblorosos	55
Barco de nuez	59
Tú... ..	67
Mujer deshabitada... ..	71
Noel	75
Angustia cósmica... ..	81
Exodo	87
Tatuaje	93
Elegía de mi muerte	99



Portada
de
MAURICIO AMSTER

Exclusiva para la venta en librerías:
Compañía Ibero-Americana de Publicaciones
Librería Fe. Puerta del Sol, 15. Madrid.



Este libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Universidad de Cuzco.
Su Venta es prohibida por la ley

